



HAL
open science

Sobre los caminos de los Altos de Arica: donde dialogan la ciencia y la memoria de los saberes andinos

Thibault Saintenoy, Doris Aguilera, Abdon Apaz, Juliana Marca, Ruben Santos, Katherine Rodriguez, Federico Gonzalez, Katherine Vega, Alan Rodriguez, Paula C. Ugalde, et al.

► To cite this version:

Thibault Saintenoy, Doris Aguilera, Abdon Apaz, Juliana Marca, Ruben Santos, et al.. Sobre los caminos de los Altos de Arica: donde dialogan la ciencia y la memoria de los saberes andinos. Thibault Saintenoy; Asociacion cultural Chacha, Warmi, Imillas y Yuqallas, Precordillera Marka. Ediciones del Desierto; Centro de Investigaciones del Hombre en el Desierto (CIHDE-CONICYT), 2016, 978-956-8649-04-3. hal-02910088

HAL Id: hal-02910088

<https://hal.science/hal-02910088>

Submitted on 6 Aug 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

SOBRE LOS CAMINOS DE LOS ALTOS DE ARICA

Donde dialogan la ciencia y la memoria de los saberes andinos



Sobre los caminos de Arica: donde dialogan la ciencia y la memoria de los saberes andinos.

© Asociación cultural *Chacha, Warmi, Imillas y Yuqallas, Precordillera Marka*
Programa de Investigaciones Altos Arica
Inscripción de Propiedad Intelectual N° 263763

© Ediciones del Desierto Ltda.
Casilla 49, San Pedro de Atacama, Antofagasta
Volcán Lascar 67A, Ayllu de Solor
www.edicionesdeldesierto.cl

© Centro de Investigaciones del Hombre en el Desierto (CIHDE-CONICYT)

I.S.B.N 978-956-8649-04-3

Dirección editorial: Diego Álamos
Edición: Thibault Saintenoy
Diseño y diagramación: Camila Salas
Dibujo de portada: "Las montañas vivas", por Arturo.

Impreso en Gráfica LOM
500 ejemplares

SOBRE LOS CAMINOS DE LOS ALTOS DE ARICA

Donde dialogan la ciencia y la memoria de los saberes andinos

Asociación cultural Chacha, Warmi, Imillas y Yuqallas, Precordillera Marka

Programa de Investigaciones Altos Arica
(CIHDE-CONICYT; ARCHAM-CNRS)



Arica y Parinacota, 2016

ÍNDICE

CAPÍTULO 1: Montañas, vertientes y pueblos de los Altos de Arica

Geografía de un paisaje cultural	14
Origen de un territorio indígena	22

CAPÍTULO 2: Monumentos de Piedra y Tierra

El tiempo pasa y las pircas permanecen	32
Los pueblos de piedra de los Altos de Arica	34
Origen de los canales y terrazas para cultivar los cerros y las quebradas	44
Los caminos de la historia de los Altos de Arica	50
Puentes temporales: uso social y significado cultural de los monumentos arqueológicos hoy en día	58

CAPÍTULO 3: Caminos de los recuerdos

El paisaje: la ruta de la memoria	64
Rumbo a Tongolaca: “ <i>el lugar del que siempre escuche y quise conocer</i> ”	68

CAPÍTULO 4: ¡Hoy escribamos juntos la historia!

Ciencia con todos	82
¿Qué significan hoy en día los monumentos arqueológicos en los territorios indígenas?	86
¿Como estudiar los vestigios arqueológicos para escribir juntos la historia andina?	90
¿Cómo hacer un uso turístico sostenible de los monumentos arqueológicos y paisajes culturales asociados?	96

INTRODUCCIÓN

Fuera de los días de fiesta, es escasa la gente en los pueblos precordilleranos de Arica y Parinacota. Hace tiempo que la modernidad condujo nuestras comunidades a vivir en la ciudad de Arica. Sólo permanecen en los pueblos los ancianos junto con algunos irreductibles campesinos cuyas actividades agro-pastoriles logran sobrevivir, gracias a la colaboración de inmigrantes venidos del vecino Altiplano para buscar suerte en nuevos horizontes.

En Arica, nuestra identidad de hijos de pueblos andinos es plural y versátil: urbana-campesina, andina-occidental, tradicional-moderna, india-española, carangas-cole, aymara-quechua, chola-huasa, cuequera-zampoñera, ariqueña-chilena, chilena-boliviana-peruana, etc. Fundamentalmente mestizas, nuestras identidades son el producto de las complejas dinámicas culturales que se cruzan y entran en conflicto en nuestra región fronteriza localizada en el corazón del mundo andino.

Estas últimas décadas, se ha estado forjando una conciencia indígena entre nosotros, los hijos de los pueblos originarios de Arica y Parinacota. Muchos son los que se sienten marginalizados por el escaso reconocimiento de su alteridad andina en la cultura nacional chilena. También sentimos que los territorios de nuestros pueblos de origen han sido abandonados y que es tiempo de repoblarlos antes de que se diluyan las tradiciones de nuestros padres.

De nuevo, nos sentimos muy identificados con nuestros pueblos y estamos en pleno proceso de reconocimiento de sus territorios y paisajes culturales. En el camino, nos encontramos con un grupo de jóvenes investigadores: algunos son de aquí también, otros vienen de lejos pero comparten con nosotros la misma curiosidad

por la cultura andina. Realizamos caminatas, reuniones y talleres. Dialogamos mucho. Aprendimos recíprocamente cómo estudiar la historia andina que no fue escrita. Decidimos escribir juntos un libro para compartir estas experiencias y para dar a conocer los paisajes culturales de los Altos de Arica. Falta mucho por hacer, queda mucho por investigar.

Este libro es fruto de una dinámica de escritura colectiva. Los dos primeros capítulos presentan los Altos de Arica y los principales legados arqueológicos de sus territorios. El tercer capítulo ilustra el papel fundamental del caminar para revitalizar la memoria colectiva y reconstruir paisajes culturales. En el último, compartimos extractos significativos de un diálogo multicultural respecto a la ética de las prácticas científicas en territorios indígenas y a la retroalimentación entre la producción de conocimientos científicos y la memoria de los saberes andinos.



CAPÍTULO I:
Montañas, vertientes y
pueblos de los Altos de Arica







Geografía de un paisaje cultural

La Precordillera de Arica es una región andina localizada a unos tres mil metros sobre el nivel del mar, al pie del Altiplano, cerca de los lindes entre Chile, Bolivia y Perú. En esta región serrana del Desierto de Atacama donde altos cerros esculpen quebradas profundas, nacen las vertientes que dan vida al río San José que fluye en nuestro valle de Azapa y desemboca en el Océano Pacífico a la altura de Arica.

En los Altos de Arica, tal como se designaba antiguamente esta zona del interior, el agua es un bien preciado, pues la región sólo recibe unos quince centímetros de aguas pluviales por año, entre los meses de Diciembre y Marzo. Aunque los ancianos dicen que en el pasado las lluvias eran más generosas, últimamente los años secos ocurren demasiado a menudo. Es cierto que el clima es cambiante: los indicadores climáticos, tales como los casquetes de hielo de los volcanes del Altiplano, las paleo-madrigueras y los anillos de crecimiento de los árboles, evidencian notables cambios en los regímenes pluviales durante el transcurso de los siglos. Asimismo, los pobladores de este desierto de altura andino siempre tuvieron que lidiar con los caprichos de las lluvias: prolongadas fases secas, como la ocurrida hacia finales de la era prehispánica, plantearon serios retos para la supervivencia.

[15]

Pág. 12: Celaje de Chapiquiña.

Pág. 14: Queñuales en la vertiente de Misaña.

Pero aún esta escasa agua produce su efecto beneficioso para la vida: cada año, después de las lluvias, los cerros se tiñen con flores de variados colores. Lo que en el invierno eran cerros amarillos y cafés son entonces manchones verdes, amarillos y violetas compuestos por una diversidad de plantas, arbustos y cactus en flor tales como la *tola*, el *pingo-pingo* y la *chilca*, entre muchos otros. Este herbario del desierto de altura andino, que pasa muchas veces inadvertido para el ojo poco entrenado, es una verdadera fuente de medicinas para quien heredó de los saberes tradicionales las propiedades curativas de las plantas; así, la *quela* cura la diabetes, el *misico* el resfrío, la *chachacoma* alivia el mal de altura, cuentan las mujeres que saben de medicina andina.

[16]

Las lluvias incluso crean y alimentan bosques, que crecen al pie de los cordones montañosos, donde abundan las queñuas, la especie de árbol que crece a mayor altitud en la Cordillera de los Andes. Desde siempre estas queñuas han tenido múltiples usos: combustible para cocinar y calentar la casa, maderas para fabricar herramientas y techos, colorante para teñir ropas, además de ser el ingrediente de recetas medicinales. Hoy en día estos bosques están protegidos, junto con la biodiversidad de la zona andina de Arica y Parinacota, por el Parque Nacional Lauca que forma parte de una Reserva de la Biósfera. Las llaretas y las pajas bravas, entre los roqueríos, componen también los paisajes de altura al pie de las cumbres que separan a la Precordillera del Altiplano.

Superior: Nevada en Mayo.

Inferior: Río Belén.



El Parque es un área silvestre natural donde habitan grandes mamíferos. En las alturas vive el puma; más abajo los guanacos y tarucas andan sueltos, causando estragos ocasionales en las chacras. Las vizcachas andan por todos lados entre las rocas. Caminando, se detectan huellas de gatos silvestres y se oye, de repente, el grito de las familias de burros salvajes llamándose entre los filones rocosos. Cóndores y halcones sobrevuelan las cumbres cerca de las cuales tienen su nido. Abajo, bailan los picaflores y las tórtolas de una parcela a otra, mientras las perdices se esconden entre las tolas y las palomas *curucutas* y los *paco lipichi* vitalizan el paisaje con sus sonidos y aleteos.

[18]

Entre toda esta naturaleza, se enclavan en medio de las quebradas varios pueblos centenarios de origen colonial: Pachama, Belén, Tignamar, Saxamar y Timalchaca. Cada uno de estos pueblos posee una iglesia cuya iconografía mezcla tradiciones andinas con influencias barrocas europeas. Su característico campanario separado de la nave es todo un símbolo.

Los habitantes de los pueblos tienen sus raíces en una historia aún más profunda y variada que sus iglesias. Gente de diversos orígenes son actualmente los portadores de tradiciones ancestrales producto de siglos de mestizajes entre culturas vallunas, serranas y altiplánicas. En la Precordillera, sólo estamos a un paso del Altiplano y de los valles del Pacífico: la gente se mueve constantemente, siempre viaja, llega, se reencuentra en las fiestas y, a veces, entra en conflicto

Superior: El condor de Chaupiloma.

Inferior: La taruca.



por asuntos de tierras y orígenes. Así, el movimiento y la diversidad cultural forman sin duda una faceta fundamental de las identidades precordilleranas.

En los pueblos, diversos barrios reúnen a grupos familiares. La plaza central donde está la iglesia es el lugar de los encuentros; además es el punto de partida y de llegada de todas las fiestas. De hecho, los pueblos están rodeados de cruces que coronan los cerros circundantes: cada inicio de mayo, estas cruces viajan al pueblo; mientras las procesiones que llevan la cruz de vuelta hacen recordar a los caminantes los fundamentos ancestrales de sus territorios.

[20]

Alrededor de los pueblos, los cerros están revestidos de terrazas agrícolas unidas por canales de regadío que dan vida a sus cultivos. Acondicionadas desde tiempos inmemoriales, estas terrazas han permitido superar el desafío que plantea cultivar un desierto de altura con terrenos escarpados y escasos recursos hídricos. Hoy en día, se cultiva maíz, papas, orégano y alfalfa, principalmente, pero sólo se usa una pequeña parte de las áreas agrícolas disponibles. Las prácticas agrícolas se concentran alrededor de los pueblos, mientras las extensiones de terrazas abandonadas sobre los cerros recuerdan tiempos más poblados, antes de que la modernidad condujera a la gente a vivir en la ciudad. Hoy en día, junto a las cruces de mayo, son el *pachallampe* (fiesta de la primera siembra de papa) y las fiestas patronales que traen de vuelta, por un rato, a los Ariqueños a sus tierras de origen.

Superior: El patrón del Pachallampe.

Inferior: El Pachallampe.





Alexandra 2.7
6º año

Origen de un territorio indígena

Mediante la creación del Área de Desarrollo Indígena “Alto Andino Arica Parinacota” en 2004, el Estado de Chile reconoció las particularidades culturales y las raíces ancestrales de los territorios de la zona andina (Precordillera y Altiplano). Mientras que en 2007 la conformación de la XV Región de Arica y Parinacota, generó una serie de cambios políticos y sociales, los cuales abrieron oportunidades para un desarrollo territorial basado en valores vernáculos a quienes hoy se consideran pueblos indígenas, descendientes de culturas ancestrales.

De acuerdo con la Ley Indígena que reconoce a las etnias originarias de Chile, pueden identificarse indígenas los hijos de padres indígenas que tengan un apellido con raíz indígena de hasta tres generaciones atrás y mantengan prácticas culturales heredadas. Por su parte, las comunidades indígenas son las que cuentan con un mismo tronco familiar, reconocen jefaturas tradicionales, poseen tierras en común y provienen de un mismo poblado.

[23]

Las actuales comunidades rurales son originarias o sucesoriales, comprendiendo tanto a los residentes de los pueblos como a sus familiares que radican en la ciudad. En Arica, muchas asociaciones culturales indígenas llevan con orgullo el nombre de pueblos originarios. De hecho, las identidades originarias son representadas en ámbitos tan diversos como los carnavales, el

fútbol, la vida social estudiantil y el comercio. De esta manera, estos movimientos culturales inscribieron el paisaje cultural de los pueblos andinos en la misma ciudad de Arica. Pero, en cambio, escasos son los que viajan al pueblo fuera de los días de fiesta y menos son los que saben identificar este paisaje cultural en el territorio rural, afuera de los pueblos. Los que aún lo saben son auténticos portadores de la memoria colectiva y de las tradiciones rurales, heredadas de una época no tan lejana: cuando los pueblos eran más habitados, cuando familias extensas se dedicaban a actividades agro-pastoriles que implicaban el recorrido intensivo de los valles y quebradas de precordillera y estadias más o menos prolongadas en estancias dispersas más allá de los pueblos. En esta época, eran muchos los elementos del paisaje que llevaban un significado social e histórico.

[24]

Hoy en día, más allá del olvido, los paisajes culturales y sus monumentos ancestrales (muy antiguos o más recientes) son el principal legado material que sustenta la memoria indígena y que proyecta sus identidades hacia el futuro. La lectura de este libro nos acerca a esta experiencia de reconocer el pasado, rememorar la tradición y construir nuevos horizontes culturales. Esta experiencia se relaciona fundamentalmente con el caminar: la del caminar por un territorio lleno de historia, arqueólogos, geógrafos y comunidades indígenas, compartiendo la experiencia de visitar lugares de la niñez, preñados de mitos y recuerdos. Porque la historia y sus vestigios viven y se sienten en su entorno, quisimos invitar a dialogar sobre ellos en el camino.

Pág. 25: Paisaje urbano.

Pág. 26: Belén, pueblo colorido.

**PAN
BELEN**

Trade
Coca-Cola
Coke

MARKA REG.

Coca-Cola[®]







CAPÍTULO 2: Monumentos de Piedra y Tierra







El tiempo pasa y las pircas permanecen

“Los jóvenes de ahora jamás podrían hacer una *pirca* como ancestralmente se hacía”: es común escuchar este tipo de frases cuando se toca el tema de la arquitectura tradicional de piedra en las conversaciones sobre los paisajes culturales de los Altos de Arica. Estas *pircas* forman efectivamente un legado monumental y omnipresente de la larga historia de la región. Constituyen claras huellas de la diversidad de asentamientos e infraestructuras dejadas por sus antiguos habitantes: vestigios de pueblos abandonados, extensas andenerías con sus canales de regadío, caminos empedrados serpenteando entre los cerros, imponentes tambos incas, *pascanas* humildes pero a veces mágicas con sus paredes adornadas de arte rupestre. Después de décadas de investigaciones sobre este precioso patrimonio arqueológico, empezamos a vislumbrar el rostro de los territorios prehispánicos que tanto legaron a los paisajes culturales de hoy.

[33]

Pág. 30: *Pucara de Caillama*.

Pág. 32: *Acueducto de Tablatablane*.



Los pueblos de piedra de los Altos de Arica

En las cumbres de las montañas se encuentran pueblos abandonados, en donde dice la leyenda « habitaban los gentiles, gente más pequeña que la actual y que trabajaba de noche ».

Estos pueblos eran grandes. Algunos se extendían sobre cerca de diez hectáreas y reunían más de trescientas casas. Su arquitectura era de piedra, con viviendas de forma circular que hoy en día confundimos por veces con corrales. Sin embargo, la mayoría de estos recintos de piedra eran casas que albergaban a grupos familiares: tenían una sola pieza y no tenían ventanas sino un único vano de acceso. Los techos eran de paja brava y barro sostenidos por vigas de *queñua* y cactus. En el medio de la habitación, generalmente a un lado de la entrada, existía un fogón que formaba el corazón de las actividades del hogar: servía para calentar la casa y cocinar, pero también para realizar diversas artesanías relacionadas con la confección de herramientas y objetos artísticos hechos de minerales, conchas, pigmentos, madera, piedra y arcilla. Debido a lo cerrado de estos hogares, podemos imaginar que estaban oscuros y ahumados mientras se ocupaba el fogón. Pero, si bien las investigaciones arqueológicas lograron despejar los grandes rasgos del espacio doméstico e identificar varias de las actividades que se realizaban en su interior, es todavía difícil

[35]

Superior: Casa abandonada, hace 500 años.

Inferior: Barrio del Pucara de Caillama.

hacerse una idea de la vida social en estas viviendas. Lo cierto es que esas casas eran, sin duda, muy diferentes a las nuestras.

Las aldeas se dividían en barrios: unos eran residenciales, otros concentraban *pirwas* (bodegas para almacenar víveres, también designadas con la palabra *qollqa*) o corrales, otros eran de carácter más público con plazas donde se reunían los habitantes del pueblo y sus invitados. Entre las casas existían estrechos pasajes donde fluían los sonidos y aromas de la comunidad: de una casa a otra se podía escuchar a la vecina moliendo ají y choclo y sentir los vapores que salían de las ollas, mientras a lo lejos se oía a alguien chancando el cobre y la turquesa para confeccionar las cuentas del collar de su hijo. Por algún pasillo resonaba el percutir de las rocas, pues los habitantes de estos pueblos eran hábiles talladores de piedras que convertían, tal como si fuera un cuchillo-suizo, alguna herramienta de su utilidad: cuchillos, puntas de flecha, raspadores y perforadores, entre otros.

[36]

Estas actividades del cotidiano dejaron abundantes vestigios todavía visibles en el suelo de los pueblos en ruinas. Allí son particularmente abundantes los fragmentos de cántaros de greda. Pues, los habitantes de estos pueblos usaban una diversidad de vasijas. Las más grandes servían para el almacenamiento de víveres y la fermentación de chicha (de maíz y de molle). Varias formas de ollas se usaban para cocinar, mientras platos, escudillas y copas eran destinados al servicio. Todos los pueblos viejos de los Altos de Arica

*Superior: El peñon sagrado de Huaihuarani.
Inferior: Huaihuarani y Caragua.*





exhiben una diversidad de estilos de alfarería decorada. La más sofisticada era la cerámica con decoraciones pintadas policromas que llamamos hoy en día de tradición Arica (por ser aparentemente originaria de los valles costeros). Otra cerámica fina, correspondiente principalmente a platos y escudillas, presenta figuras pintadas con líneas negras sobre una pasta roja, estilo que era también ampliamente difundido en el Altiplano. Pero la cerámica más común en los pueblos tenía una pasta de tonalidad café-claro adornada de manchas de pintura roja (estilo denominado Charcollo, nombre inspirado en un « gran cerro negro » de la quebrada Oxa, río abajo de las cuevas de Mullipungu).

Asimismo, los habitantes de los Altos de Arica tenían acceso a una diversidad de recursos. Por ejemplo, es común encontrar conchas marinas en las viviendas de los pueblos precordilleranos. En efecto, existían en estos tiempos extensas redes de movilidad con intensos flujos de caravanas de llamas que, tal como se practicaba hasta hace pocos años atrás, articulaban los intercambios de bienes e ideas entre el Altiplano y la costa del Pacífico.

[39]

Los principales pueblos prehispánicos de los Altos de Arica se localizan en Copaquilla, Caillama, Tongolaca, Huaihuarani, Lupica y Saxamar. Estos grandes complejos urbanos reunían cientos de casas donde residían de forma más o menos permanente la mayoría de los habitantes de la región. Pero numerosos otros caseríos abandonados de origen prehispánico se encuentran

Superior: Ciclo del agua en el desierto de altura.

Inferior: Acueducto de Tablatablane.

dispersos en la región. Sólo en la cuenca alta de Azapa, se identificaron más de cien. La mayoría de ellos corresponden a pequeños grupos de viviendas y corrales que formaban estancias dispersas alrededor de los complejos urbanos más grandes. La presencia de estas estancias y los numerosos corrales evidencian que, además de la agricultura, el pastoreo de camélidos fue una actividad complementaria importante en la economía prehispánica.

[40]

Varios de estos pueblos y caseríos se ubicaban en las partes más altas de los cerros y estaban rodeados por muros de piedras que delimitaban la comunidad. Estos sitios se llamaban “pucarás”. Algunos piensan que la construcción en cumbres y el acondicionamiento de muros perimetrales se relacionaban con motivos de defensa, pues las crónicas del siglo XVI hacen eco de una edad mítica de conflictos bélicos, el *auka runa pacha* (la “edad de los guerreros”, en quechua). Esta edad habría terminado, hipotéticamente, con el desarrollo del imperio incaico. Hoy en día, los vestigios arqueológicos de armas y violencia son escasos y la veracidad de esta versión mítica de la historia previa a los Incas es incierta.

Los fechados de fragmentos de cerámica y de fogones de viviendas sitúan la ocupación de los grandes pueblos de piedra entre los siglos XII y XVI, vale decir entre 900 y 500 años atrás. Suponemos que muchos de estos pueblos fueron abandonados antes del año 1600, debido a la presencia de una capa de cenizas volcánicas depositada encima de los

*Superior: Aún falta por aprender.
Inferior: Arqueología en acción.*



escombros de las viviendas. Estas cenizas corresponden a la explosión de volcán arequipeño *Huayna Putina*, que ocurrió justamente en esa fecha. Asimismo, estos grandes pueblos fueron despoblados rápidamente al inicio de la época colonial, si es que no ocurrió antes durante la época Inca. Los motivos que condujeron al abandono de estos lugares después de varios siglos de ocupación, se relacionan, sin duda, con las presiones coloniales ejercidas por los reordenamientos territoriales de los imperios incas y españoles, además de otros factores sociales y climáticos más locales.

[42]

“Cuando salió el sol se murieron todos” cuenta el mito de los Gentiles. Asimismo, esta vieja leyenda respecto al amanecer de la humanidad cristiana lo dice todo: se refiere sin duda al drástico evento de la historia andina que constituye el aparentemente repentino abandono de los pueblos de origen prehispánico, después de la formalización del mundo colonial hispánico. En la década de 1570, el Virrey Toledo organizó un profundo reordenamiento territorial que implicó el abandono de los pueblos indígenas y la creación de nuevos pueblos de reducción de indios en torno a los templos cristianos. Tal como lo expresa el mito de los Gentiles, estos tiempos de profundos cambios trajeron como repercusión una serie de violencias simbólicas y físicas (aculturación, evangelización, epidemias, destrucción de pueblos, desplazamientos forzados y esclavitud). Ellos cambiaron tajantemente la fisonomía de los territorios andinos, aunque existen herencias todavía tangibles en los territorios y paisajes culturales de hoy. Las abundantes terrazas de cultivo y sus canales forman sin duda la impronta más visible de la resiliencia de la cultura andina a través de los siglos.



Origen de los canales y terrazas para cultivar los cerros y las quebradas

Los ancianos de los Altos de Arica miran con orgullo a las infraestructuras agrícolas e hidráulicas que visten las laderas de muchos cerros de la región. Explican que éstas son un legado ancestral, construidas originalmente por los habitantes de los *pucarás*. La leyenda dice que ellos tenían el poder de traer el agua: « *uma purma* (agua ven, en aymara), decían, y el agua venía; *qala purma* (piedra ven) y la piedra subía ». De esta manera, se explica cómo los primeros agricultores construyeron los canales y las terrazas para cultivar este desierto de altura andino. Hoy en día, el manejo del agua sigue siendo un reto fundamental. Además del mantenimiento de la tecnología hidráulica y agrícola de origen prehispánico, « llamar el agua » [45] implica prácticas rituales, tales como subir a las apachetas, al pie de las cumbres, para invocar a los volcanes del Altiplano que dejen fluir las nubes de lluvias hacia la Precordillera.

Los extensos sistemas de andenes agrícolas y canales asociados que se ven hoy en día en los paisajes serranos fueron efectivamente acondicionados hace cerca de mil años atrás por los habitantes de las aldeas y *pucarás* de la época prehispánica tardía. Pues, la agricultura era la actividad central de estas poblaciones prehispánicas.

Los sistemas de andenerías son verdaderos monumentos de tierra y piedra. Las terrazas consisten en el suavizado de la pendiente de las laderas de los cerros, por medio de la creación de muros de contención pircados. Las andenerías llaman la atención no solamente por su envergadura sino también por la diversidad de su arquitectura, adaptada a todos los tipos de relieve, hasta en sectores muy escarpados de afloramientos rocosos. Es frecuente que la forma de las terrazas siga las curvas de nivel de la forma del terreno, sin embargo, en ciertos casos se acondicionaron conjuntos de imponentes andenes con largos muros rectos. De manera general, mientras más inclinado el terreno, más estrechos y altos son los andenes.

[46]

Debido a la precariedad de las precipitaciones en esta región serrana del Desierto de Atacama, la Precordillera de Arica no reúne las condiciones necesarias para una agricultura de secano sustentable. Por lo tanto, todos los sistemas de andenerías son alimentados por redes de canales, que alcanzan incluso cerca de 12 km de extensión. Tal es el caso de la red de canales de Belén, que comienza en la fuente de Misaña, localizada a 4500 metros de altitud al pie de las cumbres del cordón montañoso que flanquea el Altiplano, y culmina en las tierras de Caragua localizadas a 2800 metros en el valle del Tignamar. Allí, abajo, las condiciones permiten el cultivo de productos de tierras cálidas. Por otra parte, en la quebrada Vilasamamani, río arriba de Zapahuirá, una sofisticada obra ingenieril hidráulica de origen prehispánico permitió traspasar

Superior: Agricultura en las terrazas fluviales de Belén.

Inferior: Acueducto de Cosapilla.





agua de la cuenca alta de Azapa a la de Lluta para optimizar la agricultura en Socoroma.

A la fecha, escasas investigaciones arqueológicas se han interesado en la historia de la agricultura de los Altos de Arica. No obstante, numerosos restos de *taqlla* (palas agrícolas de piedra) presentes en los pueblos abandonados y en medio de las terrazas de cultivo, evidencian la intensidad de la actividad agrícola en tiempos prehispánicos. Sería interesante evaluar si la tecnología agraria prehispánica recurría al uso de guano costero para preparar los suelos de las terrazas de cultivo, tal como lo cuentan los ancianos y como está documentado para la época colonial.

[49]

*Superior: Agua por todas partes: canales en Cosapilla.
Inferior: Canal en Tablatablane.*



Los caminos de la historia de los Altos de Arica

Un camino es más que una simple arquitectura para facilitar el andar: la red vial es una infraestructura fundamental que une los pueblos y todos los lugares significativos de los territorios. Además, es mediante los recorridos de estos caminos que se estructuran los paisajes culturales: es a través de la experiencia del caminar que los individuos incorporan la cultura geográfica que fundamenta sus compromisos con el territorio. Por este motivo, los caminos tienen mucho que enseñar sobre la historia de la región.

En la cuenca alta de Azapa, una red de más de 500 km de caminos pedestres y troperos articulan el conjunto de pueblos y estancias localizadas entre Zapahuira y Timalchaca. Además de unir los pueblos, los caminos llevan a las chacras, a las zonas de pastoreo, a las fuentes de agua y conducen a las apachetas que marcan los pasos que conectan la Precordillera con el Altiplano y con los valles del Pacífico. Esta densa y extensa red de caminos es un verdadero palimpsesto de la historia de la movilidad en esta parte de los Andes entre el Altiplano y el Océano Pacífico. Varias rutas troperas, el Camino del Inca, la Ruta de la Plata de Potosí, la Ruta del Boro del Salar de Surire, entre otras, revelan miles de años de historias en el caminar. La red de senderos que cruzan cerros y quebradas conecta puntos estratégicos, algunos de los cuales fueron habitados hace miles de años por grupos de cazadores y recolectores

[51]

que buscaban agua y comida en el árido escenario de su vida nómada. Estos mismos sitios fueron ocupados cientos y miles de años después por pastores y arrieros, incluso hasta el día de hoy.

Hoy en día, gran parte de la red vial se encuentra en desuso. Ciertos caminos están deteriorándose a causa del abandono de los pueblos a los cuales conducían. Sin embargo, muchos de los caminos eran utilizados ocasionalmente hasta hace poco, cuando se perdió la costumbre de viajes de caravanas de camélidos y el arreo de mulas para llevar e ir a buscar mercancías en otros valles precordilleranos o en los valles costeros. Es también por estos caminos que, cuentan los ancianos, cada año llegaban grandes caravanas del Altiplano que traían consigo charqui, sal y bienes exóticos para intercambiarlo por cargas de maíz y otros productos de tierras cálidas.

[52]

Estos largos viajes de arrieros necesitaban puntos de descanso en el camino. Muchas veces estos lugares de pausa consistían en refugios rocosos, es decir aleros y cuevas, que albergaban por horas o una noche a los viajeros. En aquellos refugios se encuentran también las huellas de los más antiguos habitantes de la región: en sus pisos se encuentran cuchillos y puntas de proyectil hechos en piedras; en sus paredes se dibujaron las primeras expresiones artísticas con pinturas rojas y amarillas. Figuras de camélidos y seres humanos revelan la importancia

Superior: Saliendo del pueblo de Belén.

Inferior: Apacheta: monumento del camino al santuario de Timalchaca.



de la caza y de las diversas facetas de las relaciones entre los hombres y los animales en la sierra andina.

En el transcurso de los siglos XV y XVI, el Imperio Inca envolvió al territorio andino dentro de una escala continental mediante el ordenamiento de una red de más de 20.000 km de caminos, que unieron los pueblos y las culturas de la cordillera de los Andes. Esta red de caminos se llamó *Qhapaq Ñan*: « el camino principal », en quechua. En los Altos de Arica, este camino principal venía de Tarata en Perú, pasando por Palca hasta Zapahuira, cruzando el valle de Lluta a la altura de Socoroma. En la cuenca alta de Azapa el camino pasaba por Chusmiza, Cosapilla, Caillama, Tongolaca, Belén, Lupica y Saxamar, antes de cruzar el abra de Lagunillas al pie del cerro Márquez en dirección a los valles de Codpa y de alto Camarones. Las secciones de caminos en mejor estado de conservación se localizan entre Socoroma y Zapahuira y entre Tongolaca y Belén, donde se lucen calzadas todavía empedradas.

[54]

A lo largo del camino principal, el Inca remodeló los escenarios del poder implantado tambos. Estos centros administrativos incaicos regulaban los flujos de caravanas de llamas y, por ende, la circulación de bienes, personas e ideas. Además, en estos lugares se controlaba la contribución que hacían las comunidades locales al sistema imperial: la *mita*. Estas contribuciones se daban en forma de prestaciones de servicios en faenas agrícolas y mineras. Los dos principales tambos incas de la precordillera de Arica estuvieron localizados en Zapahuira y Belén. En estos tambos, el sello cultural inca se manifestó mediante la construcción de edificios de planta cuadrangular muy diferentes a las casas circulares de los

pueblos indígenas locales. Estos asentamientos incas suelen presentar grandes canchas para realizar ceremonias públicas, así como recintos pequeños que sirvieron como graneros o *qollqas* para el almacenamiento de los tributos. La implantación inca es bien notable en la quebrada de Belén, especialmente en los sitios de Incahullo, Chajpa y Ancopachane.

Después de la formalización del dominio ibérico en el Nuevo Mundo, los caminos de los Altos de Arica se convirtieron en una etapa importante sobre la principal ruta comercial de la economía colonial transatlántica. Esta ruta unía Potosí a Arica. Ella formaba el escenario del incesante ir y venir de caravanas que llevaban la plata del Cerro Rico de Potosí a Arica, nombrado desde 1574 como puerto de embarque para el preciado mineral que contribuyó significativamente al sustento de la Corona española entre los siglos XVI y XVIII. Esta vez, ya no sólo las llamas eran el animal de carga, sino que también los mulares. Además de los tambos y pascanas caravaneros, eran ahora etapas importantes los nuevos pueblos fundados en tiempos coloniales donde se había reducido a los “indios” en torno a los templos cristianos.

[55]

La Ruta de la Plata no estaba destinada sólo a transportar el mineral, pues las caravanas llevaban también grandes botijas repletas de vino. Si bien el núcleo principal de producción de vino y aguardientes de uva se encontraba en Moquegua, viñedos fueron implantados en varios valles del Pacífico, para saciar a la cultura europea implantada en los lugares más importantes de la geopolítica colonial, tales como Potosí. De esta manera, el valle de Codpa en los Altos de Arica, se convirtió en el terruño de un célebre brebaje que llamamos hoy en día *Pintatani* (del

nombre de una hacienda productora). De su cepa y su sabor se escucha entre los recuerdos de la gente, que el sol y la calidez del valle de Codpa estaban contenidos en el vino, y que cada vez que se tomaba era capaz de quitar el frío de las noches de la Cordillera de los Andes. En los Altos de Arica, los mulares esperados que provenían de Codpa eran oídos desde lejos, pues los arrieros que traían el vino, junto con las frutas, anunciaban su llegada con campanas en los animales. Pero los derroteros de este vino no terminaban en los pueblos ariqueños, pues éste también era llevado hasta lejanas tierras de Perú y Bolivia.

[56]

Superior: Maqueta.

Inferior: Toqotoqoni, lugar sagrado de hoy, con vestigios de ocupación milenaria.





Puentes temporales: uso social y significado cultural de los monumentos arqueológicos hoy en día

Tal como los campos de cultivos, corrales y canales de regadío antiguos, los caminos son a la vez un patrimonio ancestral y una infraestructura fundamental que sigue estando en uso en el territorio rural actual. Asimismo, los caminos constituyen un puente entre el pasado y el presente. Su recorrido se asemeja a menudo a un viaje en el tiempo: a medida que los paisajes se abren a la vista de los caminantes, despiertan en ellos la memoria de la historia local. En los pasos más significativos de los caminos, las apachetas son monumentos activos desde tiempos inmemoriales: tal como si fueran los granos de un reloj de arena, sus piedras marcan el paso del tiempo.

[59]

En resumen, las pircas de los Altos de Arica no son solamente vestigios de la historia que no fue escrita. Pues, además de sus funciones utilitarias y ceremoniales en los territorios rurales actuales, estas pircas antiguas forman hitos de la memoria que permiten la reproducción y re-interpretación de los paisajes culturales. Por ello, la investigación arqueológica y el re-conocimiento de los paisajes culturales ancestrales son prácticas profundamente imbricadas.

*Superior: Apacheta de Huanacalave, al límite Altiplano/Precordillera
Inferior: Calzada empedrada del qhapaq ñan de Socoroma.*



CAPÍTULO 3: Caminos de los recuerdos







El paisaje: la ruta de la memoria

El paisaje es más que una foto o una postal, o solamente algo que se mira: pues se basa en una relación experiencial más amplia entre los individuos y aquello que llamamos naturaleza, mediada por olores, sonidos, tactos y sabores. Por este motivo, el caminar - que permite sentir y reconocer los lugares - es la experiencia fundamental del paisaje.

Pero además el paisaje es un recuerdo: el reconocimiento de los significados y valores que nuestra cultura atribuye a los lugares, los mismos que nos fueron transmitidos por quienes nos educaron. En efecto, el paisaje se refiere a nuestras representaciones e imaginarios respecto al mundo cercano o lejano que nos rodea. Lejos de ser un objeto de la naturaleza, el paisaje está construido por medio de percepciones y valores que orientan y especifican nuestra visión del mundo. Por tal motivo, la manera en que vemos un mismo paisaje puede ser distinta, dependiendo de cómo nos enseñaron a mirarlo. De allí que el paisaje pueda viajar como imágenes mentales que nos permiten conectarnos con lugares distantes, a veces desconocidos, sobre todo cuando estos han producido en la persona una fuerte carga afectiva.

[65]

Es tal vez esta capacidad de los paisajes de hacernos viajar en nuestro imaginario y de almacenarse en nuestra memoria, lo que permite a una actividad tan cotidiana como el caminar,

Pág. 62: Caminando en Caillama.

Pág. 64: Peregrinando en mayo.

ser una experiencia única que trasciende lo que sólo uno ve durante el recorrido. Caminar, para muchos no es únicamente desplazarse de un lugar a otro, pues se trata también de viajar en el tiempo, más aún cuando los paisajes que se contemplan en ruta son los mismos que narraban los abuelos. Entonces, sentarse después de una larga caminata y acordarse de los lugares visitados, es reconocer un pasado y a la vez construir un territorio indígena, aquel que se fundamenta por relaciones afectivas e históricas que unen una comunidad con una tierra.

Estos últimos años, recorrimos muchos rincones de los Altos de Arica. Caminamos bastante. Entre cerros y quebradas, se despertaron muchos recuerdos que revitalizaron nuestros paisajes culturales. Una de estas caminatas generó muchas expectativas y emociones: tenía como rumbo el mítico lugar llamado Tongolaca.

[66]

*Superior: Rumbo Tongolaca en la quebrada Pachama.
Inferior: Caminando en Cosapilla.*



Rumbo a Tongolaca: “el lugar del que siempre escuche y quise conocer”

Nuestro punto de partida fue el pueblo de Pachama, en una típica mañana de mayo al pie de la cordillera. Aún los primeros rayos del sol no llegaban y el aire matutino mantenía un ambiente seco y frío. Mientras nos alistábamos para emprender la caminata a Tongolaca, recorrimos el pueblo: a primera vista, un mundo silencioso y abandonado con casas de adobe deshabitadas y calles desiertas. Felizmente, los abundantes fragmentos de botellas y restos de challa en estas mismas calles nos recordaron el último carnaval que celebramos aquí hace algunas semanas atrás junto con los otros hijos del pueblo. Justo antes de salir, pasamos por la iglesia con su techo de paja, su campanario y sus coloridas pinturas barrocas. Estábamos emocionados por la travesía que nos esperaba, tanto que el frío se aminoraba. Nos sacamos fotos para retratar este especial momento que ocurre antes de un viaje y quizás también para tener la impresión de repoblar el paisaje abandonado.

[69]

Al salir del pueblo, tuvimos que afirmar nuestros pasos para bajar las escarpadas laderas al pie de Pachama y adentrarnos a la quebrada. Varios se resbalaron, uno se cayó y se clavó espinas de cactus en la mano, pero nada grave: ¡Otra víctima del *jala jala!* Nos reímos recordando nuestros juegos de niños con estos cactus que tan fácilmente se adhieren a la ropa. Mientras avanzaban, algunas mujeres del grupo comentaban que la última vez que pasaron por allá cuando eran niñas, las terrazas de cultivo, que hoy nos observaban secas, estaban plantadas con orégano, habas, maíz y papas. A medida que

avanzábamos, la quebrada era más profunda y cerrada, mientras el viejo sendero más accidentado. Los caminantes se prestaban ayuda cuando veían a otro en dificultad: pues si bien somos de aquí nuestros pies ya no están acostumbrados a pisar firme las huellas serranas. Un hombre mayor y sabio guiaba naturalmente el grupo. Inspirado por la profundidad del cañón, nos recordó la tradición: “cuando se camina con niños, hay que llamar o gritar el nombre de las personas que van en la caravana y escuchar su eco en la quebrada para llamar a los espíritus y no perder el ánimo”. Lo hicimos y escuchamos que la quebrada nos hablaba llamándonos por nuestros nombres, como si fuéramos parte del paisaje.

[70]

A medida que caminábamos, se acercaban los recuerdos. Hasta los aromas de las hierbas y flores nos recordaban nuestra infancia. Una caminante nos contó que cuando tenía diez años pastoreaba el ganado de la familia muy cerca de aquí, en un lugar llamado Calachojota. Ella permanecía varias semanas en estos cerros durante la época de lluvias, antes de volver a la escuela de Chapiquiña (el pueblo vecino a Pachama) que en aquella época, entre los años 1960, contaba más de cien alumnos.

Después de una hora de caminata, la quebrada se abrió. A lo lejos, se divisaban formaciones rocosas blanquecinas iluminadas por los rayos del sol. “Es allí donde se encuentra Tongolaca!” gritó uno de nosotros. Mientras bajábamos, compartíamos nuestras ilusiones provocada por re-conocer un lugar tan significativo de nuestros paisajes andinos, pero a la vez tan abandonado y casi olvidado. La mayoría de nosotros sólo lo conocíamos por los relatos de nuestros padres y abuelos.

Llegamos a un plano pedregoso, poblado de viejas pircas, vestigios de una estancia abandonada hace décadas: estábamos a un paso de Tongolaca. Aquí decidimos hacer una *pawa*, para pedir permiso a los espíritus del lugar y agradecer su acogida. Para la ceremonia, recolectamos leña, encendimos una fogata y sobre un *aguayo* se depositaron hojas de coca, dulces y alcohol. Mientras ahumaban el incienso y el copal, un hombre y una mujer dieron inicio al ritual.

Continuamos caminando con fe después de la *pawa*. El clima era más agradable, el sol ya nos abrigaba. Recorrimos lechos de río donde escurría el agua de la cordillera. Caminamos a través de parcelas y sobre laderas revestidas de terrazas agrícolas. Encontramos árboles cargados de pequeñas manzanas. Aquí, los hombres mayores de nuestro grupo recordaron la presencia de pinturas rupestres localizadas en uno de los aleros del fondo de la quebrada que estábamos a punto de penetrar. Pero hace cerca de cincuenta años que no las habían visto, cuando ellos acompañaban a sus padres y abuelos a sembrar en la zona. El problema era que no recordaban su localización exacta. Sin embargo, teníamos confianza en que el camino y nuestro entusiasmo nos guiarían hacia ellas.

[71]

Caminamos durante cerca de una hora adentro de la quebrada de Tongolaca. Hacía calor y la vegetación era abundante. Llegamos a un punto en donde no se podía continuar, pero aún no habíamos visto las pinturas. Nos devolvimos decepcionados y tristes, hasta que en el camino de vuelta uno de nosotros percibió manchas rojas en la pared rocosa. Eran las famosas pinturas. Estaban en perfecto estado de conservación: se distinguían muchos camélidos y un cóndor.

En aleros cercanos, identificamos restos de campamentos antiguos, probablemente los mismos que habían albergado los autores de las pinturas.

Regresamos al plano pedregoso. Llegaba la hora de visitar el renombrado pucara de Tongolaca, identificado recientemente por exploraciones arqueológicas pero que ninguno de nosotros conocía. Este pucara es espectacular: cuenta con decenas de viviendas y bodegas construidas sobre un gran promontorio rocoso. Como no había sido descrito jamás, ni por la memoria de nuestras comunidades y tampoco por los libros de arqueología, nos sentimos orgullosos. Recorrimos juntos sus pasajes y casas, vimos toda su materialidad como si de un día para otro las jarras, ollas y todos los utensilios cotidianos se hubieran quebrado y quedado quietos allí, como mudos testigos de la vida de antaño. Dialogamos respecto a la historia del lugar. “Nos pasamos películas”. Uno de nosotros, maravillado por la arquitectura y el paisaje, sostenía que era el pucara más hermoso de la precordillera, más espectacular aún que el de Copaquilla, su pueblo de origen.

[72]

Desde la cumbre del pucara era visible toda la cuenca de Pachama, y a su vez se podía seguir con claridad el gran camino empedrado que conduce a Belén. Decidimos tomar este camino: los mayores ya lo conocían porque lo habían recorrido con mulas para viajar de un pueblo a otro, antes del acondicionamiento de la carretera vehicular en los años 1960. Comparado con los otros senderos que recorrimos, éste era

Superior: Donde dialogan la ciencia y la memoria de los saberes andinos.

Inferior: Los cerros son el escanario de todo.





realmente una autopista pedestre, muy fácil de utilizar gracias a su calzada empedrada. Así, se hizo un poco más suave la subida hacia Tablatablane, sector alto que forma la puerta de entrada al valle de Belén.

Ya estaba atardeciendo al momento de entrar en tierras beleneñas. Cruzamos el gran acueducto que conduce el agua de la cordillera entre las formaciones rocosas y tomamos un descanso cerca de la Cruz de Tablatablane. Ahí, mientras contemplábamos el paisaje, uno de nosotros contó la historia de esta Cruz de Mayo que fue erguida por primera vez por su abuelo. Actualmente es visitada y venerada cada año. Retomamos el camino y durante la bajada pasamos al pie de las cuevas de Palomani: aún no se puede explicar cómo algún ser humano llegó allí y construyó muros de piedra en el farellón a por lo menos diez metros de altura. Tampoco se sabe si este lugar se usó como cementerio o quizás para almacenar alimentos: nadie tenía respuesta -ni el Beleneño, ni el arqueólogo- pero era muy tarde para ir a averiguarlo y seguimos caminando pensativos.

[75]

El sol casi se había escondido. El valle dejaba entrever sus últimos rayos. Estábamos bajando hacia Belén, entrando a los campos, y se sentía un aire de relajo y a la vez un suspiro de cansancio luego de diez horas seguidas de caminata. Al entrar al pueblo de Belén la noche estaba cerrada.

Superior: Nuestros pies se olvidaron de los cerros.

Inferior: Solidarios.

Pág. 78: Tongolaca.







CAPÍTULO 4:
¡Hoy escribamos juntos la historia!





Ciencia con todos

A menudo los científicos han escrito la historia entre ellos, investigando solos en terreno y en sus laboratorios; mientras las comunidades se preguntaban qué estaban haciendo. Pero la arqueología no deja indiferente a la gente: suscita el interés de muchos, tanto la práctica de la investigación en terreno, como el contenido de la historia que se deduce de los vestigios estudiados. Últimamente, varias comunidades indígenas de Arica han mostrado interés en rescatar las raíces de sus pueblos de origen. Por este motivo, estamos viviendo hoy en día una notable dinámica de acercamiento entre el mundo científico y las comunidades indígenas de este territorio andino.

Este libro es producto de un encuentro que se produjo sobre los senderos de los Altos de Arica. Ahí, caminatas realizadas en conjunto por grupos de científicos, estudiantes, miembros de comunidades y activistas culturales del mundo indígena permitieron abrir un auténtico espacio de diálogo sobre el devenir de la cultura andina en Arica y Parinacota. Las caminatas permitieron recorrer en conjunto los paisajes culturales y reconocer sus lugares más significativos. Las experiencias compartidas evidenciaron el interés común por la cultura andina así como por su historia y sus raíces ancestrales: permitieron asimismo intercambiar visiones respecto al valor y significado de los vestigios arqueológicos.

[83]

El espacio de diálogo se amplió también a escenarios urbanos -universidad, museo, junta de vecinos- donde la conversación posibilitó identificar varios principios de complementariedad y reciprocidad entre los mundos científico e indígena para el desarrollo de los procesos de investigación y patrimonialización de los paisajes culturales.

Los tres primeros capítulos de este libro presentaron los Altos de Arica, su historia y el valor patrimonial indígena de sus paisajes culturales. En este último capítulo, se plantea el problema de la gestión de los monumentos arqueológicos en territorios indígenas. El tema se aborda a través de tres preguntas: ¿Qué significan los monumentos arqueológicos en los territorios indígenas? ¿Cómo estudiar los vestigios arqueológicos para escribir juntos la historia andina? ¿Cómo hacer un uso turístico sostenible de los monumentos arqueológicos y de los paisajes culturales asociados? Se reproducen aquí extractos de diálogos entre los mundos científico e indígena, los cuales brindan elementos de reflexión para pensar estas preguntas.

[84]

*Superior: Haciendo patrimonios en la sede de junta de vecinos de Chapiquiña.
Inferior: Transmisión de saberes entre generaciones de hijos de precordillera.*



¿Qué significan hoy en día los monumentos arqueológicos en los territorios indígenas?

“¿Pero qué es un territorio indígena?” preguntó el arqueólogo pensando en la universalidad de las culturas y en su convicción de gestión republicana de un pasado diverso y compartido. “Un territorio indígena tiene raíces ancestrales” contestó uno de los participantes de la reunión realizada en la sede de la junta de vecinos de Chapiquiña (para la celebración del día del patrimonio cultural en Chile); “es un territorio que tiene identidad” agregó otro. El arqueólogo se quedó pensativo y, después de un breve silencio, replicó que le parecía ser lo propio de una región el tener una identidad territorial propia: “su terruño, su gastronomía, sus lugares y monumentos, el dejo y el vestir de su gente, etc.” argumentó. “Exactamente” lanzó otro activista cultural del mundo indígena, “pero somos indígenas porque sentimos que esta identidad -nuestra identidad y la de nuestros pueblos de origen- no ha sido lo suficientemente reconocida a nivel del país”. “¡Sí, nos sentimos marginales en este país!”, resaltó otro, “porque a menudo nuestra cultura y nuestros orígenes no han sido apreciados; al contrario, han sido el motivo de discriminaciones sociales que sufrimos y que nuestros padres sufrieron aún más. De hecho, basta ver el estado de abandono de nuestros territorios para darse cuenta”.

[87]

“¿Y qué pasa con los vestigios arqueológicos?” dijo el arqueólogo, “son muy abundantes en los valles alrededor de sus pueblos. ¿Por qué tantos muros antiguos están tan bien conservados? Pues conozco otras regiones andinas donde hace tiempo que la gente los ha desmontado para reutilizar las piedras en la construcción de casas, parcelas, etc. ¿Estas arquitecturas abandonadas tienen alguna función en sus territorios? ¿Significan algo para su cultura indígena?”. Las personas sentadas alrededor de la mesa intercambiaron miradas y la mujer mayor del grupo tomó la palabra: “Claro que estos vestigios arqueológicos –tal como los llaman ustedes– significan mucho para nuestras comunidades, son parte de nuestros pueblos, siempre estuvieron allí”. Siguió: “primero, joven, muchos de estos sitios no están tan abandonados como aparecen a primera vista. Muchos tienen todavía un uso en nuestros territorios rurales. Estos caminos donde dice usted que caminaba el Inca, mi padre lo recorría también a menudo para viajar a Zapahuirá; hasta yo recuerdo viajes en acémila en mi tiempo de niñez. Y estas eras –que usted llama andenerías–, seguro que las construyeron hace mucho tiempo, pero yo la vi cultivada con alfalfa y orégano hace poco. Lo que pasa es que hoy en día ya no hay gente para trabajar la tierra, sino créeme que todas estas eras estarían cultivadas, hasta las de Caragua”.

[88]

Después de unos minutos de intercambios de recuerdos de viajes sobre los caminos del Inca y sobre quien cultivaba qué y dónde, un señor –profesor de matemáticas jubilado– tomó a su vez la palabra: “Yo pienso que estos sitios se conservaron porque nuestros abuelos y quienes vivieron aquí antes que ellos, tuvieron un profundo respeto por estos lugares. Claro que en ciertos casos había tabúes respecto a ciertos lugares,

como Huaihuarani por ejemplo, que fue relacionado con la figura del diablo como producto de la evangelización. Sin duda eso se trata de herencias de los antiguos procesos de evangelización, pero a la vez creo que nuestros abuelos siempre fueron conscientes del valor histórico de estos sitios, de los grandes pueblos antiguos, en particular. Porque éstos son como un libro abierto que testimonia de la historia que nunca fue escrita en los archivos coloniales”. Una líder de asociación cultural indígena destacó a este propósito: “claro que sentimos que gran parte de la historia de nuestros pueblos permanece desconocida. Tenemos mucho que aprender de estos sitios arqueológicos, pero a pesar de desconocer mucho de su historia, ellos forman lugares con los cuales nos identificamos mucho como comunidad. Por ejemplo, para mí, todos estos caminos troperos son muy representativos del modo de vida de mis abuelos. Cuando realizamos caminatas, más que un viaje o un simple paseo, siento vivir una experiencia ancestral, en particular cuando camino hacia la cruz que erigió mi abuelo. Mientras más camino, más me conecto con la Tierra y con la cultura de mi madre”.

[89]

¿Cómo estudiar los vestigios arqueológicos para escribir juntos la historia andina?

“El problema, joven, no es hacer el estudio de los sitios arqueológicos, es que no nos involucran en los proyectos”. Estábamos al final del invierno en la ciudad de Arica y, hace unos días, una brisa de malentendidos se había levantado respecto a un estudio arqueológico desarrollado en un pucara de los Altos de Arica. En efecto, los estudios se habían realizado con la colaboración de los residentes del pueblo, pero los miembros de la comunidad residentes en la ciudad aún no habían sido informados a cabalidad sobre el proyecto arqueológico. Una serie de reuniones realizadas en juntas de vecinos y en la universidad permitieron, más allá de levantar las dudas sobre este proyecto en particular, intercambiar ideas respecto a la ética social de las prácticas científicas y a la forma de desarrollar investigaciones arqueológicas en territorios indígenas.

[91]

Uno de los estudiantes que preparaba una tesis sobre la historia prehispánica del pueblo de su abuela, preguntó a la asamblea cuál era la manera de involucrar la comunidad en la investigación “sobre todo a las personas que no habitan en el pueblo y que, por lo tanto, no tienen la oportunidad de compartir en terreno con nosotros”. Un señor se levantó

para tomar la palabra: “Pienso que deberían empezar por preguntarnos qué sabemos de la historia de nuestro pueblo y cuáles son los periodos y eventos de esta historia que más nos interesan. A mí también me gusta investigar. A través del contacto con mis abuelos, cuando era joven, aprendí mucho sobre la historia del pueblo. En el fondo, el problema es que la historia de nuestros pueblos nunca fue escrita por nosotros”. Muchos en la asamblea manifestaron su apoyo a estos propósitos, mientras los ojos de los científicos se abrieron bien grandes: habían encontrado ahí un nuevo colaborador para desarrollar las investigaciones.

[92]

Como en todo el mundo, es común que la cultura popular confunda a los arqueólogos con cazadores de tesoros. Asimismo, una señora, un poco asustada porque había escuchado hablar que arqueólogos excavaban viviendas antiguas, se levantó y lanzó un “¿y qué han encontrado?”. “Muchos restos de la vida cotidiana en un hogar, señora”, contestó el arqueólogo: “vasijas rotas, muchos restos de huesos de animales, conchas marinas y algunas semillas carbonizadas, abundantes desechos de piedra tallada. También identificamos dos fogones en la casa: uno servía para cocinar y el otro para trabajar el cobre”. “¿Nada más?” exclamó la señora. “¡Todo esto es mucho!” replicó el arqueólogo. “Todo estos desechos —que para muchos no significarían nada— forman un verdadero tesoro científico para conocer la vida en tiempos antiguos”. Otra mujer de la asamblea se levantó: “¿Y todo estos materiales dónde se encuentran?”. “Se encuentran en el museo universitario aquí

Superior: Como escribir juntos la historia.

Inferior: Las semillas de ayer bajo lupa.



en la ciudad, en curso de análisis” contestó un miembro del equipo del programa de investigaciones. “¿Pero, después de los análisis se quedarán en el museo? Yo preferiría que estos vestigios de la historia de mi pueblo se quedaran en mi pueblo, donde han estado siempre”. El director del museo universitario, que había sido invitado a la reunión, sonrió y se levantó para tomar la palabra: “Me alegra mucho su propuesta. Nuestro museo tiene la misión de conservar en óptimas condiciones el legado cultural de la historia de nuestra región, pero lo está haciendo hace cuatro décadas y nos enfrentamos cada vez más con problemas de espacio para el depósito de las colecciones arqueológicas. Creo que tiene razón señora, sería ideal poder implementar depósitos arqueológicos en las localidades rurales, siempre cuando ellos reúnan las condiciones necesarias para la conservación de las piezas arqueológicas”.

[94]

“Hay que tener una vista a largo plazo” dijo una señora: “ustedes, los científicos, vienen y se van. Mientras que nosotros somos de aquí, somos los herederos de la tierra y de su historia”. Su amiga, quien estaba sentada a su lado, agregó de inmediato: “es verdad, a diferencia de ustedes, tenemos un compromiso existencial con el legado cultural de nuestros pueblos. Nosotros somos los mediadores de esta historia: la heredamos y es nuestro deber transmitirla a nuestros hijos si queremos que nuestras comunidades sobrevivan al éxodo rural y al olvido de nuestras raíces culturales andinas. Quizás no tengamos las habilidades para hacer estudios técnicos de arqueología, pero nos sentimos, sino dueños, pero responsables de la transmisión de la historia de nuestro pueblo”. Otra

persona se levantó al fondo de la sala: “Quizás deberíamos nombrar en cada pueblo un responsable de los monumentos arqueológicos que cumpla un rol parecido al que cumplen los mayordomos con la iglesia, por ejemplo”.

¿Cómo hacer un uso turístico sostenible de los monumentos arqueológicos y paisajes culturales asociados?

En otra fecha, se realizó un taller en el museo arqueológico de la universidad. Ahí nos entrenamos en conjunto sobre diversas técnicas de análisis de vestigios arqueológicos y dialogamos acerca de la gestión museográfica de las culturas materiales prehispánicas. Después de esto se generó espontáneamente, quizás por el hecho de estar en el museo, una viva discusión sobre la problemática del turismo en los territorios indígenas de los Altos de Arica. Ninguno de nosotros era experto en turismo pero nos sentíamos todos –arqueólogos, estudiantes y miembros de comunidades indígenas- vinculados con el tema.

[97]

“¿Qué tipo de turistas esperan recibir?” preguntó el arqueólogo: “aventureros solitarios, jóvenes deportistas, ancianos amantes de historia, buses con japoneses...” ilustró. Una señora sentada en una banca bajo la sombra de una palmera, tomó la palabra: “primero, me importa que mis hijos conozcan nuestro territorio. Ellos viven en la ciudad y sólo conocen las calles del pueblo que deambulan durante las fiestas patronales. Casi nunca salieron a recorrer el valle alrededor. Desconocen las historias de nuestros abuelos, nunca han caminado sobre los senderos donde viajábamos cuando éramos jóvenes nosotros”. “Claro, si queremos repoblar nuestros territorios, es vital que nuestros hijos lo conozcan y se adueñen de sus historias y de su identidad”. Otra mujer comentó: “yo me siento orgullosa porque mi hijo estudia antropología y le encanta ir al pueblo a escuchar a los ancianos y recorrer sus lugares”.

[98]

“¿Y qué quisieran enseñar de sus territorios? ¿Cuáles son los monumentos que piensan que son más atractivos para los turistas y sobre todo, más representativos de su cultura?” preguntó el arqueólogo. “Mi pueblo tiene dos iglesias centenarias, son antiguas, al estilo barroco andino. Además acaban de ser restauradas y lucen con su colorido estuco: representan sin duda el principal monumento de mi pueblo. Me siento muy orgullosa de ellas”, dijo una señora. Otra replicó: “sí, las iglesias son hermosas, yo también les tengo mucho cariño porque son el escenario de nuestras fiestas y porque sus campanarios identifican muy bien a mi pueblo. Sin embargo, no sé en qué medida son muy representativas de nuestra historia, porque las mismas iglesias representan también épocas de violencia simbólica y aculturación cuando fueron impuestas producto de la instauración del dominio colonial de la Corona española. De hecho, para mí, los pucaras (los pueblos antiguos) forman también lugares muy importantes de nuestro territorio indígena: simbolizan la vida ancestral, cuando nuestras tierras eran muy pobladas por grandes expertos en agricultura andina y en el manejo del agua. Desconozco mucho de estos tiempos, pero admiro a esta gente por todas las infraestructuras territoriales que nos legaron. Pero, en definitiva, creo que el elemento que mejor representa la historia de nuestros pueblos son los caminos. Pues, yo soy indígena y, a la vez, me siento muy mestiza. Vivimos en una zona fronteriza del mundo andino ¿Quién no tiene algún familiar originario del Altiplano entre nosotros? Además, nuestros padres y abuelos siempre han viajado mucho entre

Superior: ¡Mira lo que me encontré!
Inferior: ¿Quiénes son los arqueólogos?



el Altiplano y los valles del Pacífico. Por este motivo, siento que los caminos –la red de caminos que llaman hoy en día *Qhapaq Ñan*- forman un auténtico legado de nuestra historia y representan muy bien nuestra identidad andina multicultural”. Después del silencio que siguió debido a la emoción provocada por estas últimas palabras, el arqueólogo complementó: “sin lugar a duda, el *Qhapaq Ñan* es el mejor emblema de la larga historia de la diversidad cultural en Arica y Parinacota y más allá en los Andes, la misma que reivindican como indígenas, ¿cierto? Ahora, entiendo porque se sienten tan identificados”.

[100]

“Tengo algo que agregar sobre el tema del turismo” dijo otro participante de la reunión. “Planificar el turismo en nuestra región implica diseñar un ordenamiento territorial con énfasis en el rostro patrimonial de la naturaleza de nuestra tierra. Quiero decir que patrimonializar nuestros paisajes culturales significa protegerlos. Porque sabemos que otras potenciales actividades productivas (como la minería, por ejemplo) para el desarrollo económico de nuestra región rural, no garantizan la sostenibilidad de nuestro medio-ambiente. ¡Y nuestra naturaleza es frágil!”, terminó diciendo. El arqueólogo tomó la palabra: “respecto a la protección de sus territorios, los catastros arqueológicos son un medio potente porque permite garantizar la intangibilidad de todos los sitios arqueológicos presentes. Asimismo, si consideran el conjunto de las infraestructuras agro-pastoriles e hidráulicas en su dimensión histórica -es decir como vestigios arqueológicos-, tienen ahí que gran parte de su territorio se encuentra potencialmente protegido de impactos ambientales”.

Uno de los jóvenes estudiantes que participaba a la reunión intervino: “¿y nosotros los estudiantes, cómo podemos aportar concretamente para contribuir al desarrollo sostenible del turismo en los Altos de Arica?”. El profesor de matemáticas jubilado le aconsejó: “para ello, tienes que preocuparte que la tesis que estas preparando no sólo sirva para alimentar los estantes de la biblioteca de la universidad. Lo que estás aprendiendo con tu investigación, lo tienes que difundir a la gente interesada e intentar de emplearlo para formular proyectos que permitan desarrollar nuestro territorio y enriquecer sus paisajes culturales”. “Así es”, resaltó una de las dirigentes de las comunidades presentes: “necesitamos construir museos en los pueblos, acondicionar senderos turísticos e idear otros atractivos que nos permitan lucir la historia del pueblo, conocerla mejor y compartirla con los futuros visitantes”.

[101]





POSFACIOS

En calidad de Centro Regional CONICYT, somos una plataforma de investigaciones científicas y tecnológicas en Arica y Parinacota. Tenemos la misión de disponer la ciencia al servicio del desarrollo social, cultural y ambiental de la región.

Las investigaciones arqueológicas y antropológicas que realizamos sobre los patrimonios y las dinámicas culturales que forman la identidad de los territorios de Arica y Parinacota, suscitan cada vez mayor interés más allá del ámbito académico. Estos últimos años, realizamos numerosas acciones culturales con asociaciones y comunidades indígenas, con vista a que las investigaciones científicas contribuyan plenamente al desarrollo cultural de los territorios andinos y al bienestar social e identitario de sus comunidades.

Este libro fue escrito en conjunto por un colectivo de investigadores, estudiantes y activistas del mundo indígena. Ellos se involucraron en una auténtica experiencia de diálogo intercultural, con mira a investigar y escribir juntos la historia de los Altos de Arica. En el libro, exponen una narrativa alimentada por la fusión de datos científicos y memorias andinas. En el proceso, los investigadores aprendieron de los saberes tradicionales transmitidos por las comunidades y, recíprocamente, las comunidades aprendieron de los resultados de las últimas investigaciones en curso. Testigos y mediadores de este encuentro, los estudiantes vivieron experiencias humanas que complementaron y dieron sentido a su formación científica. Entendieron que la mejor recompensa es que la comunidad se interese por sus investigaciones. El CIHDE se siente orgulloso de haber fomentado este encuentro.

[105]

Elías Lafertte Montoya
Director administrativo
Centro de Investigaciones del Hombre
en el Desierto (CIHDE-CONICYT)

Las Ciencias Sociales y las Humanidades se entienden como especialidades que se encuentran en permanente diálogo con las comunidades locales que debiesen impactar; de lo contrario, la *performance* científica o especialista queda reducida a un ejercicio retórico, semántico y acrítico, que genera dislocaciones respecto a su finalidad.

Quienes cultivan estas especialidades en un espacio como el norte chileno, enfrentan día a día esta reflexión, considerando las dificultades de hacer dialogar formas de entender una realidad sobre la base de epistemologías distintas.

El estrechar las distancias entre la ciencia y el saber nativo o popular, es una labor diaria que implica un alto compromiso por parte del investigador que emprende este desafío, normalmente movido por motivaciones pedagógicas, trasfondo investigativo, imperativo ético o convicción epistemológica.

[106]

El libro *Sobre los Caminos de los Altos de Arica: donde dialogan la ciencia y la memoria de los saberes andinos* escala sobre programas de investigación que tradicionalmente abordaron desde una perspectiva disciplinaria el espacio que en la década de 1970 comenzó a hacerse conocido como *Los Altos de Arica*, siguiendo la nomenclatura colonial otorgada a la precordillera y altiplano ariqueño por el investigador Jorge Hidalgo. Este escalamiento funde estudios arqueológicos e históricos (colonia y republica) con la situación actual de las comunidades inscritas en el espacio andino regional.

Esta característica se suma y dialoga con los incansables esfuerzos de investigadores que han venido a reforzar el involucramiento de las comunidades en la interpretación y apropiación de su pasado con distintos acentos: arqueólogos como Percy Dauelsberg, Calogero Santoro, Iván Muñoz, Juan Chacama, Álvaro Romero, Rolando Ajata, Mauricio Uribe, Marcela Sepúlveda; Antropólogos como Héctor González, Ana María Carrasco, Malva Pedreros, Francisca Urrutia

y el trabajo de historiadores como Alberto Díaz, Carlos Choque, Xochitl Inostroza, reflejan el estado del arte en estas materias dando cuenta de una tradición investigativa que goza de buena salud, manteniendo programas de investigación estables, renovando cuadros investigativos y asumiendo nuevos desafíos.

Rodrigo Ruz Zagal
Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas
Universidad de Tarapacá.

Hay que celebrar las escasas ocasiones en que se unen en un mismo texto dos discursos de tradiciones muy diferentes. Los académicos y las comunidades locales de Arica y Parinacota están conviviendo por décadas, pero con escasas ocasiones para compartir conocimientos y expectativas.

Esta falta de encuentro es resultado de una historia reciente, que al igual que la historia remota, está llena de contradicciones y la acción de diferentes grupos con múltiples trayectorias. La violencia de una larga política de chilenización, el despoblamiento de la ruralidad de Arica conformando una ciudad de distintos migrantes, y el surgimiento de una política indígena esencialista y asistencialista, podrían explicar esta situación.

[108]

Pero por sobre todo, ha sido el desarrollo de una arqueología tradicional sin autocritica, que no se ha hecho cargo de los efectos extra-académicos que provoca su accionar en el territorio y en los discursos. Por largo tiempo, no preocuparse de las ideas locales que provocaba excavar y llevarse materiales arqueológicos fuera de la región, o no entregar interpretaciones y resultados preliminares al término de las campañas de investigación, provocaron el distanciamiento y recelos de las comunidades. Cuando hubo diálogo este fue unidireccional, los investigadores recibían datos de ubicación de sitios arqueológicos y de lo que la historia oral y la memoria decía de aquellos sitios.

El siguiente texto colectivo es un primer paso para lograr investigaciones arqueológicas más responsables con las comunidades que los reciben; primero compartiendo de la mejor manera el conocimiento que resulta de sus estudios sistemáticos, para que posteriormente, sean las mismas comunidades locales las que indiquen a los investigadores cuales son las temáticas que les interesen que aborden, con miras a conocer aspectos de la historia que les serán útiles en temas de identidad, patrimonio y desarrollo.

Álvaro L. Romero Guevara
Arqueólogo, Consejo de Monumentos Nacionales.

Francia valora mucho la cultura, la historia y los derechos humanos. Por ello, uno de los ejes de cooperación más importantes que destaca la Embajada de Francia en Chile es precisamente los pueblos originarios. Le da un espacio para compartir sus tradiciones, tanto de manera oral como escrita para que no se pierdan más los testimonios de tiempos pasados en el transcurso de la historia. Francia, por el otro lado, apoya la investigación en el terreno que se enfoca en conocer los modos de vida de los pueblos originarios mediante el financiamiento de misiones arqueológicas por el Ministerio de Asuntos Exteriores y Desarrollo Internacional, particularmente en la región de los Altos de Arica. Estas misiones científicas subrayan la riqueza de la historia de los pueblos de la zona precordillerana y ponen en evidencia el cotidiano de estos pueblos seculares, en un esfuerzo para valorar su identidad y su patrimonio.

El libro *Sobre los caminos de los Altos de Arica: donde dialogan la ciencia y la memoria de los saberes andinos* trata precisamente de eso: transmitir a las generaciones futuras testimonios de su pasado que forman parte de sus raíces y sus tradiciones. En consecuencia, la Embajada de Francia en Chile está muy orgullosa de ser testigo de tanta riqueza y de estar asociada a la publicación de esta obra.

[109]

Ingrid Chanefo
Agregada de Cooperación Científica y Universitaria
Embajada de Francia en Chile



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DEL EN EL
HOMBRE
DESERTO



INSTITUT
FRANÇAIS
CHILE



Participaron a la redacción del libro: Thibault Saintenoy, Doris Aguilera, Abdón Apaz, Juliana Marca, Rubén Santos, Katherine Rodríguez, Federico González, Katherine Vega, Alan Rodríguez, Paula Ugalde, Manuel Rojas, Daniella Jofré y Carlos Galeno.

Compartieron sus fotografías: Thibault Saintenoy, Katherine Rodríguez, Rolando Ajata, Paula Ugalde, Romuald Housse y Rubén Santos.

Los autores agradecen a: Juntas de Vecinos y Comunidades indígenas de Copaquilla, Zapahuiria, Chapiquiña, Belén, Tablatablane de Belén y Tignamar, Asociación cultural Pacha Aru, Asociación cultural Wakmanta Paqariy. En particular, a las familias Aguilera, Alanoca, Choquechambe, Churata, Cutipa, Flores, Guillen, Huanca, Huarache, Humire, Maldonado, Marca, Mollo, Quispe, Santos, Yucra y Zegarra.

Financiamientos: CIHDE-CONICYT, Embajada de Francia en Chile - Instituto Francés, Universidad de Tarapacá (proyecto Aprendizajes basados en la experiencia), Fondecyt 11121665, Fondecyt 1130808 y Mission Archéologique Arica-Belen (MAEDI).